

HOLTUS

LA ERA PÚRPURA

CEZILLA L. LONTRATO



VESTALES

© Editorial Vestales, 2016.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Lontrato, Cezilla L.
Holtus: la era púrpura, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2016.
384 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-58-5

1. Novelas Fantásticas. 2. Adultos Jóvenes. 3. Literatura Juvenil. I. Título
CDD 863.9282

ISBN 978-987-3863-58-5

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2016 en Gráfica LAF SRL, Montegudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*A Adrián, mi amor.
Por haberme elegido y elegirme todos los días,
incondicionalmente, y haberme animado
a salir a buscar mis sueños.
Por cuidar de mí en todo momento.*

*A Mimí y Mario, mis padres.
Por haberme enseñado valores y conductas
y por el esfuerzo diario para darme lo mejor siempre.
Por todo su amor.*

*A Cuca y Mariano, mis abuelos.
Por haberme mimado y haberme enseñado
el amor por los libros, la lectura y la escritura.*

PRÓLOGO

AQUEL SUEÑO RECURRENTE ME HACÍA SALTAR DE LA cama luego del final. Siempre era igual. Se estaba repitiendo cada vez con más frecuencia y me resultaba muy molesto porque en cada ocasión mi cuerpo y mi mente se quedaban sin energías. Perdía concentración y realizaba todas mis actividades con un malhumor digno de esas personas fuera de eje que le gritan a la televisión.

A pesar de verme como un bebé, podía percibir mi entorno como un adulto. Me encontraba en un valle inmenso y sereno con algunas colinas que se divisaban a lo lejos. Sentía en mi interior la paz del verde y el sol del verano. Las horas allí pasaban como si nada ocurriera; en efecto, nada relevante ocurría en el lugar más que el canto lejano de algún pájaro.

Me encontraba tendida sobre la hierba fresca y podía sentir mi vestido húmedo en la espalda. De cuando en cuando, abría los ojos y observaba el cielo. Su color púrpura lo envolvía todo, pero no oscurecía el paisaje porque el sol podía colarse de tal manera que debajo todo brillaba. Si bien no reconocía dónde estaba, no me desesperaba por ello y me sentía muy a gusto.

En un momento dado, veía que una figura se acercaba y me tomaba en brazos: me arrancaba de la somnolencia. El tacto de sus manos era suave, pero no distinguía si era una mujer o un hombre y tampoco podía verle el rostro.

En la siguiente imagen continuaba en brazos de aquel misterioso individuo, pero ahora nos encontrábamos en una especie de capilla frente a cuatro personas más, a las que tampoco podía reconocer. El lugar olía a velas encendidas y aceites aromáticos. No se oía más que la respiración de los presentes y el roce de las ropas al moverse. Finalmente, una voz masculina, proveniente de alguna de las cuatro figuras, levantaba la mano derecha y pronunciaba mi nombre en voz alta: Sonia Fimbs. Luego, todo era oscuridad.

Así, una y otra vez durante cuatro años desde que cumplí dieciocho.

CAPÍTULO I

OFUSCADA Y MALDICIENDO ENTRE DIENTES, ME INCORPORÉ en la cama y miré el reloj. Las cuatro de la madrugada. Habría podido dormir más, pero decidí levantarme, a pesar de estar muy cansada. Como una forma de buscarle lo positivo a la situación, concluí que no todos los días uno tenía tiempo suficiente para desayunar con tranquilidad antes de ir al trabajo.

Mientras me preparaba el café y las tostadas, alumbrada solo por la luz de la luna, me dispuse a reflexionar sobre mi sueño recurrente que se había estado presentando más seguido en los últimos meses. Me resultaba desesperante no poder ver el rostro de la persona que me tomaba en brazos, no sabía por qué estaba en esa especie de ceremonia tan peculiar y, por último, me sacaba de mis casillas no saber quién mencionaba mi nombre. Lo único que me proporcionaba placer dentro del sueño era contemplar el paisaje y el cielo de color púrpura que le otorgaba un aspecto misterioso al lugar.

Desde la primera vez que se presentó cuando tenía dieciocho años, soñé recurrentemente con esas imágenes cada cierto tiempo de manera irregular. Ahora, a los veintidós, ha-

bía llegado a tomarme el trabajo de anotar circunstancias y hechos de mi entorno bajo los cuales se presentaba, pero no pude llegar a ninguna conclusión. A veces soñaba más seguido, luego desaparecía por completo por algún tiempo, luego volvía a resurgir. Así durante cuatro años. Llegué a confeccionar una planilla en mi notebook con las fechas, las condiciones climáticas, la posición de los astros y mi condición física. Trataba de anotar si estaba con mi período, si me encontraba cansada o si estaba atravesando momentos de estrés. Los resultados nunca fueron concluyentes, no encontré un patrón que me ayudara a establecer que el sueño se presentaba cada vez que sucedía tal o cual cosa. Esa planilla dormía ahora en algún lugar de mi disco mientras esperaba ser retomada alguna vez.

Pensaba que, al tratarse de un sueño recurrente, mi madre, Isabelle, podría ser la indicada para brindarle claridad al asunto e incluso proporcionarme algún recurso para que no se volviera a repetir. Ella o alguno de sus colegas de La Posada de las Mancias.

La Posada, como era conocida, quedaba sobre Rosehill St., una calle transitada pero no la principal del barrio de Busherton Park, un lugar agradable, de los más agradables de Crosscloud, un país demasiado poderoso para ser cómodo. Rosehill St. era una calle de comercios pequeños como cafés y casas de té, librerías especializadas, y suculentas bombone-rías y panaderías. Se podría decir que era una zona en donde convergía el pequeño mundo paranormal. En La Posada se intentaban explicar los asuntos que las personas no podían, pero de los cuales buscaban una solución inmediata. Lecturas diversas como la de las manos, posos de té, tarot, runas, entre otras, eran algunos de los servicios que se ofrecían. No obstante, también se trataban problemas más complejos como

la posesión o el contacto con espíritus. Mi madre se dedicaba específicamente a leer el tarot, pero también poseía facultades para trabajar con otras mancias. Era la propietaria del lugar en sociedad con Helga Haikonnen, una médium, y trabajaban codo a codo junto a un grupo de profesionales especializados.

De todas formas, a pesar de los conocimientos de mi madre, decidí no contarle nunca mi sueño. Ella era una apasionada de su profesión, y yo corría el riesgo de ser absorbida por La Posada y pasar largas horas sentada en los mullidos sillones de los distintos despachos. No estoy diciendo que no me gustara el lugar ni que no creyera en el profesionalismo del grupo, todo lo contrario. Soy una de las pocas personas que considera las mancias como una profesión. Solo digo que soy la hija de una mujer con distintas capacidades a las del resto de la gente, que, además, quiere protegerme todo el tiempo. La realidad era que me mataba la curiosidad, pero no tenía demasiadas ganas de seguir consejos ni de soportar a mi madre preguntándome cada día si había soñado o no. Por el momento dejaría las cosas tal y como estaban.

La profesión de mi madre siempre me generó orgullo porque se trataba de algo que no todo el mundo hacía, aunque existía una cantidad astronómica de farsantes que, por supuesto, no merecían ser tenidos en cuenta. Desde que fui pequeña, mi madre me enseñó todo lo que puede existir más allá de lo que vemos y crecí con conceptos en la cabeza como “posesión”, “espíritu”, “astros”, “el colgado”, “la torre” y demás. Pero de todas maneras, durante mi infancia, no pude evitar ser señalada en la escuela como “la hija de la bruja”. Los niños se alejaban de mí porque creían que yo era una bruja y hacía cosas raras. Muchas veces llegaba llorando a mi casa o me dirigía directamente a la casa de mi abuela Abby para tomar el té y

comer sus deliciosos bocaditos dulces. Claire, mi mejor amiga, siempre me ofrecía cobijo en aquellos momentos, pero prefería refugiarme en la contención que me brindaba mi abuela.

Ya en la preparatoria todo fue distinto; no porque no acusaran a mi madre de bruja, sino porque yo había cambiado mi actitud hacia los demás. A diferencia de cuando era niña, ahora respondía a los acosos y hasta amenazaba a mis compañeros con que mi madre les echaría una maldición para luego descostillarme de risa con Claire y Seth, a quien conocimos en el primer curso.

Sonriente ante el recuerdo de Claire y Seth, volví al mundo real y me dispuse a vestirme para ir al trabajo. Cada vez que el sueño se presentaba, quedaba muy aturdida durante el resto del día; sin energías. Pero, además, aquella noche se habían sumado náuseas y un semblante demacrado; por lo cual maquillé mi rostro con tonos más fuertes de los que usaba habitualmente.

Me enfrenté al espejo: recorrí de arriba a abajo el resultado. Mi cabello negro estaba recogido para no dar aspecto de muerto viviente y caía en una cola sobre mi espalda. Había seleccionado un pantalón color ladrillo y una blusa blanca con bastante escote. La intención era que todas las miradas fueran a cualquier parte menos a mi cara. Tomé aire para adquirir fuerzas y salí. Solo quería llegar rápido al campus y comenzar mi día en la biblioteca.

Me monté en mi bicicleta y subí por Fardelain St., la calle donde vivo, hasta llegar a la avenida principal. Me gustaba recorrer el vecindario y valoraba mucho la tranquilidad; al punto de haber desechado la posibilidad de trabajar por un sueldo bastante jugoso en la Biblioteca Pública de Belbont, la caótica capital del estado, para aceptar la oferta de la Universidad de

Leebord a cargo de la Dirección Técnica de la sección de Historia.

La Universidad de Leebord era una de las más importantes del estado de Branset, además de uno de los campus más bonitos y alejados del centro. El estado era considerado meca cultural del país, con lo cual estaba siempre lleno de jóvenes estudiantes. También se lo consideraba cuna de grandes profesores, académicos e investigadores en humanidades. Historiadores, filósofos, arqueólogos, sociólogos y filólogos formaban la mayor parte del estudiantado; en menor medida se encontraban los miembros de las carreras relacionadas con la Economía y el Derecho. Por supuesto, no todo resultaba tan idílico. La arrogancia, la competencia desleal, la envidia, los celos académicos y el plagio de ideas también convivían en los campus de Belbont.

Continué mi camino y me interné en el corazón de Busherton Park. Se trataba de un barrio arbolado y colorido, con casas grandes de fachadas vistosas donde vivía gente que, en general, pertenecía al mundo académico. Sin embargo, hace algunas décadas atrás, comenzaron a nuclearse allí personas relacionadas al mundo del arte y lo paranormal a partir de la instalación de la primera librería especializada en esoterismo. Quizás, en el campo racional y de ideas que rodea a Busherton, sonaba raro que una librería orientada a temas que la ciencia aún no puede explicar pudiera sobrevivir. Pero la razón de su permanencia tenía que ver con que su dueño, el señor Harris, era un historiador retirado muy reconocido y la mar de amable. El señor Harris tenía como pasatiempo la investigación de lo oculto y hacía hincapié en la búsqueda de las razones por las cuales algunas personas se inclinaban por recurrir a ciertas mancias para solucionar sus problemas. Si bien algunos habi-

tantes de Busherton tomaron la apertura de la librería como algo raro, la mayoría lo aceptó de buen grado.

Por mi parte, elegí ser bibliotecaria. Desde siempre me interesaron los libros. Mi padre se ha dedicado a la Historia y, cuando era pequeña, me prestaba toda clase de libros; me gustaba mucho leer y pasaba largos ratos en las bibliotecas, primero la de mi casa, luego la de la preparatoria y finalmente la de la Universidad de Belbont, donde estudié. Pero, además de la lectura, me obsesionaba mantener los libros ordenados, clasificarlos, catalogarlos. Un buen día, cuando tenía dieciséis años, mi padre llegó del trabajo y encontró la biblioteca de la casa totalmente diferente. Yo había investigado cómo catalogar y clasificar libros: eso fue lo que hice. Mi padre quedó admirado por mi trabajo; era una biblioteca muy grande que albergaba todos los libros de la familia Fimbs: colecciones de Historia, trabajos de investigación de mi padre, colecciones de investigación paranormal, astrología y demás temas con los que trabajaba mi madre; sin mencionar la gran cantidad de novelas y biografías. Desde aquel día decidí que iba a dedicar mi vida a ello.

Con la experiencia me fui dando cuenta de que no solamente profesiones como la de mi madre eran consideradas una farsa o de nula utilidad. Tuve que soportar con estoicismo comentarios descalificadores de muchas personas ignorantes y malintencionadas, como, por ejemplo, si era necesario estudiar tanto solamente para numerar libros y recordar una ubicación en un estante o si, al ser mujer, me sentía realmente a gusto en un lugar donde no se podía hablar. Ahora que lo veo en perspectiva, aquello me sirvió para entender aún más a mi madre y comencé a hacer oídos sordos a los idiotas.

Bajé de la bicicleta y caminé por los jardines en dirección al edificio de la biblioteca, situado a la derecha del campus y detrás del edificio principal. Las universidades más grandes solían poseer varias bibliotecas dentro de cada campus, pero Leebord, al albergar menos estudiantes, contaba con una única biblioteca de cinco pisos dividida en salones por sección. La sección de Historia se ubicaba en el cuarto piso, y mi oficina ocupaba la parte trasera del salón principal. Cuando crucé la puerta y avancé por el primer corredor, comencé a sentirme mal. Mi estómago estaba dando vueltas y tenía náuseas.

Siempre era la primera en llegar, había adquirido esa costumbre al tener a mi cargo una copia de las llaves en caso de que los guardias no pudieran abrir las puertas a primera hora por algún motivo o inconveniente. En esa ocasión, por fortuna, el salón ya estaba abierto, pero mi oficina estaba cerrada. Corrí hacia la puerta, busqué la llave en mi bolso, aunque no llegué a abrir. Un reguero de vómito ambarino salió por mi garganta como lava volcánica. Seguido a eso sobrevino un mareo y caí desplomada.